

presa en el convento de la última diócesis, que era para él la mas querida de sus fundaciones. Fue esto una verdadera gloria para el monasterio y un dulce consuelo para el abad Sturm, el discípulo que mas amó el apóstol. Roma, con la consumada prudencia que la caracteriza, perpetuó la memoria de este prelado de la Alemania, dándole el nombre de Bonifacio, cuyo espíritu siguió viviendo en sus discípulos Sturm, Gregorio abad de Utrecht, y Burghard obispo de Wurtzburgo, y rigió por largo tiempo los destinos de esa grande iglesia.

§ CLX.

Conversion de los sajones.

FUENTES. — *Welter*, Introd. del Cristian. en Westfalia. Munster, 1833. *L. de Bornstedt*, S. Ludger, primer obispo de Munster, y la conversion de los frisones y de los westfalianos. Munster, 1842.

Los sajones, pueblo guerrero sin reyes y sin ciudades, opusieron la mas larga y tenaz resistencia al Cristianismo. Los mismos medios empleados para convertirlos fueron, en parte, la causa que mas se opuso á su conversion. En la primera mitad del siglo octavo dos misioneros ingleses, dos hermanos llamados Ewaldos, intentaron predicarles el Evangelio; pero no sacaron de sus esfuerzos mas que la corona del martirio. Una doctrina que proclamaba el desprecio del mundo y de sus goces, y que anunciaban enemigos tan odiosos como los francos, pareció insoportable á ese pueblo tan sensual como grosero. Gregorio de Utrecht obtuvo algo mejores resultados; pero compuestos los sajones de westfalianos, ingleses y ostfalianos, y no dejando de hacer continuas correrias por los reinos limítrofes de los francos, obligaron á estos á emprender una guerra general para sujetar á sus enemigos, imponerles violentamente el Bautismo y asegurarse, por medio de su conversion, de su obediencia. Empezaron estas tentativas en el momento en que Carlo Magno emprendió la sumision de los sajones (772); obra que prosiguió con un ardor infatigable y casi sin

interrupcion durante treinta años de porfiados combates¹; y que inauguró, por decirlo así, destruyendo su antiguo ídolo, el *Irminsul*, ó columna de Irmin, imágen en la que probablemente se confundian la idea de un Dios invisible y el recuerdo de *Herman*, Arminio. Su prudente ministro Alcuino le excitaba á convertirlos mas por la persuasion que por la fuerza; pero en vano, porque Carlo Magno continuó su obra considerándose como un instrumento de Dios destinado á vengar las injurias hechas á la Iglesia. En (785) los jefes sajones Wittekindo y Albuino consintieron, despues de su derrota, en recibir el Bautismo, é hicieron concebir algunas esperanzas; pero pronto se desvanecieron estas al empezar el 793. La dominacion opresora de los francos y la exaccion del diezmo eclesiástico produjeron una sublevacion general, cuya inevitable consecuencia fue la ruina del Cristianismo. Solo en 803, despues de la entera y definitiva conquista de los sajones, pudo creerse la Iglesia establecida de una manera sólida en el Norte de Alemania. Carlo Magno, empleando todo su vigor, pues todo se necesitaba para tamaña empresa, fundó, sin embargo, en esa lucha sangrienta y encarnizada, iglesias, conventos y obispados tales como los de Osnabruck, Munster, Paderborn, Minden, Brema, Verden y Seligenstadt, á los que añadió mas tarde Ludovico Pio el obispado de Hildesheim y el importante convento de Corvey, rama de la abadía franca de Corbia, que prepararon y determinaron la verdadera conversion de esos pueblos por tanto tiempo rebeldes.

Estos resultados positivos fueron principalmente el fruto de los trabajos apostólicos de muchos misioneros ilustrados, entre los cuales se distinguió el frison Ludgero², discípulo de Gregorio de Utrecht y de Alcuino, que despues del 787 no cesó de predicar el Evangelio á los westfalianos con un valor heroico y una constancia infatigable, y fundó un obispado en Mimigadeford (Munster), donde su memoria se ha conservado con veneracion hasta nuestros dias. Murió en 809. Su sepulcro, que está

Funk, Conquista de los sajones por Carlo Magno. (*Schlosser*, Arch. para servir á la hist. y á la literat. 1833, t. IV, p. 293).

² Véase su vida, escrita por Alfredo su segundo sucesor en el obispado de Munster. Está continuada en la obra de *Pertz*, Monumenta, t. II.

en la abadía de Werden, glorificado por numerosos milagros, llegó á ser pronto el objeto de frecuentes peregrinaciones. No fueron menores los trabajos y los méritos del sacerdote inglés Willehald, que á petición de Carlo Magno fundó y consolidó el obispado de Brema, y murió en 788.

Ojeada general retrospectiva.

El conjunto de estos trabajos evangélicos nos manifiesta que el Cristianismo, propagándose durante el reinado de Carlo Magno hasta el Elba, había extendido entre los germanos, como entre los romanos y los griegos, sus numerosas y frondosas ramas. En efecto, en Alemania como en el imperio la palabra de Dios había encontrado los mayores obstáculos; y más acá como más allá del Rin había preparado el Señor para su Iglesia una multitud de obreros fieles y escogidos, que anunciaron con valor la doctrina de Jesucristo, é hicieron eficaz su predicacion con frequentísimos milagros. Hemos visto que las ideas religiosas de los germanos debían predisponerlos al Cristianismo; y así fue que los misioneros obraron poderosamente sobre su espíritu manifestándoles el ningun poder de sus ídolos, destruyendo impunemente á su vista las estatuas de sus divinidades, usando al fin para con ellos de la dulzura tan recomendada por san Gregorio el Grande. Léjos de espantar con una severidad imprudente á los paganos que se acercaban á la Iglesia, ni á los nuevamente convertidos, procuraban los misioneros contemporizar é ir mezclando poco á poco las ideas cristianas con las preocupaciones gentílicas y los usos idólatras de los germanos. Á las antiguas fiestas del Paganismo sustituyeron las de los Santos. Alzóse la cruz en los altares que habían sido de los ídolos, y los templos se convirtieron en iglesias. Así fueron atraídos los germanos á la gracia del Bautismo, y educadas las generaciones nuevas segun los preceptos y los usos de la Religión cristiana, y la Iglesia pudo concebir desde entonces la esperanza de ver la virtud del Evangelio penetrando mas y mas en el corazón, en las costumbres y en la inteligencia de los pueblos reducidos á su imperio.

CAPÍTULO II.

SITUACION PARTICULAR DE LA IGLESIA CATÓLICO-ROMANA FRENTE Á FRENTE CON LAS POBLACIONES GERMÁNICAS. — CAMBIOS QUE RESULTAN DE ESTA SITUACION PARTICULAR EN LA ORGANIZACION DE LA MISMA IGLESIA.

FUENTES. — Capitularia regum Francor. ed. Baluz. Ven. 1772-73, 2t. en fól. — Thomassini, Vetus et nova Eccl. Disciplina. — Plank, Hist. de la const. de la Iglesia, t. II. — Grimm, Antig. del derecho germánico. Gœtt. 1828. — Binterim, Hist. de los conc. nacionales de Alem. P. I y II. Série de los obispos y arzobispos de Alemania. P. I, p. 282-340.

§ CLXI.

Relaciones de la Iglesia con los Estados germánicos.

La Iglesia, acabamos de decirlo, penetró con su vida y con todas sus instituciones en la vida, las costumbres y las instituciones de los pueblos germánicos, como lo había hecho entre los griegos y los romanos. Las naciones que se humillaron bajo el yugo de la cruz vieron que la Iglesia estaba esencialmente unida con el mismo Cristianismo, y creyeron que debía ser por una consecuencia forzosa una institucion divina. Atendiendo á un principio de jurisprudencia alemana «cada cual conserva su derecho primitivo¹,» la Iglesia y sus ministros conservaron el derecho romano y la coleccion dionisiana ó española de los cánones eclesiásticos². Poco á poco, especialmente en el reino de los francos, pasaron positivamente esos cánones á formar parte de las leyes

¹ Walter, Corpus juris Germ. antiqui. Béról. 1824 sq. 3 t. Pertz, Monum. Germ. t. III y IV. Cf. Regesta Carolorum, documentos originales copiados (752-918) por Bohmer. Francf. 1834, en 4.º

² Cf. Conc. Aur. I (del año 511) can. I: Id constituimus observandum, quod ecclesiastici canones decreverunt et lex Romana constituit. (Harduin, t. II, p. 1009).